

y vuestra justicia, que todo lo demás se nos dará por añadidura.» En esto llegó la hora de levantarse; la señora de Chantal lo hizo al instante, y con el corazón lleno de amor fué á despertar á sus compañeras, á quienes la mudanza de cama no había impedido dormir perfectamente.

Se vistieron con el traje que se había adoptado para el noviciado, y que consistía en un vestido negro, enteramente sencillo, unos cuellecitos de tela blanca que cerraban hasta la garganta, una venda negra que cubría la mitad de la frente y escondía el cabello, con una gran gorra de tafetán negro, sin puntas ni encajes, que ocultaba todo el rostro si se dejaba caer. «Nunca—dicen las antiguas Memorias, después de haber descrito este humilde traje—se pusieron las orgullosas reinas de Egipto sus pomposos atavíos con más placer que el que tuvieron estas siervas del Salvador, cubriéndose por primera vez con aquel hábito sencillo (1).»

A las ocho de la mañana fué San Francisco de Sales á decirles la Misa en que dió la Comunión á estas tres queridas hijas, dejando para la tarde el verlas más despacio, porque entonces venía acompañado, sin quererlo, de una multitud de gentes que habían invadido la casa. Volvió, en efecto, por la tarde, estableció la clausura para este primer año, y les hizo dejar los nombres de señora y señorita, muy pomposos para almas que habían renunciado á todo, y demasiado fríos para manifestar la ternura con que debían amarse desde entonces, reemplazándolos con los dulces de Madre y Hermanas. Aprobó el traje que se habían puesto, pero no pudo menos de sonreirse al ver la papalina poco elegante que habían adoptado. «Verdaderamente—dijo con gracia á

---

(1) *Fundación manuscrita de Annecy*, pág. 10. Aún se ve en la casita de la *Galería* una pintura en madera, en que las tres primeras Madres están retratadas con este traje, que se abandonó después.

sus hermanos de vuelta á su casa—nuestras damas no han adoptado un tocado que les sea ventajoso.»

Mientras tanto la buena Hermana Ana Jacobina Coste no sabía cómo preparar la comida. No habiendo en la casa provisión alguna, y no teniendo dinero para comprar había ido muy temprano á buscar á la Madre de Chantal, como la llamaremos desde ahora, para decirle su apuro, y ésta se había contentado con decirle: «Dios proveerá, hija mía.» Con esta respuesta, Ana Jacobina Coste esperó tranquilamente primero, pero habiendo dado las diez y sin aparecer provisión ninguna, se fué al jardín, cogió unas yerbas, pidió prestada un poco de leche á una vecina y lo hizo cocer y hervir junto, siendo este solo plato el primer regalado festín de las nuevas reclusas. Se sentaban á la mesa cuando llamaron á la puerta. Ana Jacobina corrió á ver quién era, y se encontró con un criado del señor presidente Favre que las enviaba pan, carne y vino. Esta limosna tan oportuna regocijó mucho á las Hermanas y causó un poco de arrepentimiento á la buena Ana Jacobina, por no haber confiado bastante en la Providencia.

Al día siguiente, 8 de Junio, volvió San Francisco de Sales á «visitar á sus palomitas, y se trató del modo y tono con que habían de gorjear y cantar las divinas alabanzas» (1). Se ensayaron algunos de los cantos de otras religiosas, pero no pareciéndole al Santo bastante sencillos, tomó él mismo las notas y compuso con la Madre de Chantal el canto que aún hoy usan las hijas de la Visitación; canto sencillo, grave, casi seguido y sólo con algunas inflexiones fáciles de cuando en cuando, en que la vanidad no tiene aliciente y no puede satisfacerse, y que ya no preocupando al espíritu, le deja en entera libertad para hablar con Dios. La Madre

---

(1) *Fundación de Annecy*, inédita, pág. 12.

de Chantal y sus dos hijas se pusieron á estudiar en seguida el Oficio parvo de Nuestra Señora, costádoles algún trabajo la pronunciación del latín, y sobre todo á la Madre de Chantal, que ya no era joven y que estaba más acostumbrada á la pronunciación del corazón que á la de los labios. Sin embargo, tal era su respeto á la santa salmodia, que pasó algunas veces muchas horas de la noche repitiendo las palabras y los versículos en que se le había advertido comètia faltas. El hermano de San Francisco de Sales, Sr. de Boisy, que fué su sucesor en el Obispado de Ginebra, iba muy á menudo á oirlas cantar para corregirlas las faltas, y sobre todo, respecto á los acentos, instruyéndolas también en las ceremonias del Oficio, con un cuidado y exactitud que hacian ver en él un grande amor de Dios.

El día 2 de Julio de 1610, fiesta de la Visitación, á las Visperas, fué cuando las Hermanas cantaron por primera vez el Oficio de la Santísima Virgen. La Madre Favre era cantora mayor y corista de su coro; la Madre de Brechard, corista del suyo, y la Madre de Chantal, oficiaba. Como aún no eran más que tres, habían convidado, para que las acompañase con su voz, que era muy hermosa, á la señorita de la Roche, hija del gobernador del Castillo de Annecy, muy mundana entonces, pero á quien la Providencia tenía destinada para ser muy pronto una de las columnas de la naciente Orden. San Francisco de Sales asistió á este Oficio de rodillas, junto á la balaustrada del coro, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón inundado de consuelo.

No obstante, la pobreza no disminuía. La primera noche que la Madre de Chantal y sus hijas pasaron en su casa, no había en ella ni pan, ni vino, ni fuego, ni aceite, ni provisión de ninguna especie, «lo que admiraba mucho á una buena alma, considerando que si hubiese sucedido alguna cosa en aquella noche, no te-

nían ni con qué encender un cabo de vela» (1). Seis meses después seguía la misma situación: «Me acuerdo—dice la Madre de Chantal—que una vez nuestra hermana tornera compró tres sueldos de carbón; fuimos las tres con nuestras llaves, según mandan las Constituciones, para abrir el arca del dinero, y no encontramos más que los tres sueldos, y á la verdad, no fué sin alegría» (2). Les habían dado de limosna un barrilito de vino, de donde estuvieron gastando desde el 6 de Julio de 1610 hasta las vendimias de 1611, en que las Hermanas hicieron alguna provisión de vino, y entonces mermó de tal modo el barrilito, que la Madre de Chantal se admiraba, y decía que si no se hubiese pensado en hacer la provisión, el barrilito no se hubiera agotado jamás.

El fervor era, no obstante, mayor que la pobreza. Parece que se está leyendo una página histórica encontrada en las Catacumbas, al ver la pintura que hace la Madre de Chantal de estos tiempos heroicos. «Es imposible—dice—poder contar las gracias y favores celestiales que Nuestro Señor derramaba en estas queridas almas. Así se veía brillar en esta comunidad un gran fervor, exactitud y obediencia, un admirable reconocimiento y espíritu de oración, un candor y una inocencia infantiles, con gran suavidad, dulzura y santa alegría en sus conversaciones, y con tanto amor y tanta unión entre sí, que era un paraíso de delicias estar dentro de nuestra casita. No se hablaba sino de Dios, y de los medios de adelantar en su santo amor. Teníamos escrúpulo, ó á lo menos nos acusaba la conciencia de la más pequeña inobservancia. Un día en que se paseaban en el jardín nuestras dos queridas Hermanas, encontraron algunas peras que se habían caído del árbol,

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. II.

(2) *Memorias inéditas de la Madre de Chantal*. Archivos de Annecy. *Fundación manuscrita de Annecy*.

y quisieron saber si estaban ya en disposición de comerse, para lo cual tomaron cada una un bocado, pero no lo tragarón; no obstante, tuvieron en seguida tanto escrúpulo, que se lo dijeron á nuestro bienaventurado Padre, que las dijo lo confesasen, y las mandó decirlo á nuestra Madre, como también todo lo que les sucediese hacer contra la observancia, por poco que fuese; y este gran Santo nos inspiró tan ardiente amor á la exactitud y sencillez, que á la menor falta teníamos remordimiento de conciencia; y tanto, que no podíamos sufrirlo en el corazón si al momento no íbamos á decirlo á la Superiora, acusándonos con humildad.» Añade la Santa: «Estuvimos las tres con la buena Hermana tornera con tanta unión y tan dulce vida, que nuestra Hermana Jacobina Favre decía que si no fuese por la gloria de Dios, desearía pasásemos así toda la vida sin que se aumentase nuestro número.»

Pero esto no era posible; el perfume de virtud que exhalaba la Congregación naciente era demasiado dulce para que no atrajese muy pronto una porción de almas deseosas de ir á Annecy para formarse en la virtud bajo la dirección de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal. El 22 de Julio de 1610, seis semanas después del establecimiento, recibieron las Hermanas á Claudia Francisca Roget. Era una joven de Annecy, muy amable, muy virtuosa y muy amada, que tomó el hábito con una alegría de todo punto inocente, pero que no quiso Dios sino mostrar un instante á la Congregación, porque murió poco después llena de incomparable gozo. «La primera de mis hijas—decía San Francisco de Sales—que ha ido á ver en el cielo lo que Dios prepara á las demás.»

Cuatro días después, el 26 de Julio, llegó la señorita Petra de Chatel, á la cual ya conocen nuestros lectores, y que debía dejar en la Orden tan piadoso y profundo recuerdo de inocencia, de generosidad y de santa

alegría en el servicio de Dios. Hacía once meses que en una peregrinación que había hecho en Alemania á Nuestra Señora de las Ermitas, cansada del mundo, aspirando á la paz y al retiro, y no sabiendo dónde encontrarlo, á pesar de muchas oraciones y limosnas acompañadas de muchas lágrimas, se sintió inspirada y ansiosa de arrancar á la Virgen Santísima la gracia que hasta entonces le había sido negada. Sacó de su dedo una sortija preciosa, que estimaba mucho, porque era una memoria de su madre, y dándosela á la Santísima Virgen, la dijo con su natural inocencia: «¡Oh Virgen Santa! Los amantes acostumbran dar sortijas á sus amadas, y los esposos se las dan á sus esposas en la ceremonia de sus bodas. Pues que vuestro querido Hijo, á quien yo he escogido por amante, no me hace esta fineza, os ofrezco yo una para que se la regaléis en mi nombre. Sé muy bien que las jóvenes bien educadas y modestas no deben recibir nada sino en presencia de su madre, y que vuestro Hijo no acepta nada sino de vuestra mano, y por eso os presento mi sortija. ¡Oh Madre mía! Yo quiero ser esposa de vuestro Hijo; y á fin de manifestar mi deseo, ofrezco yo misma la sortija para desposarme con El: ésta es la de la promesa; espero que El me dará la de boda el día de mi profesión. Os ruego, Madre mía, que no me dejéis esperar mucho tiempo, y que todo lo más dentro de un año se me habrá concedido esta gracia.» La Santísima Virgen la había escuchado, porque aún no había concluido el año, cuando el 26 de Julio recibió de mano de la santa Madre de Chantal el velo de las esposas de Jesucristo.

Al otro día la siguió la señorita María Margarita Milletot, hija de un Consejero del Parlamento de Borgoña, y poco después la señorita Adriana Fichet, de una de las mejores familias de Saboya. Esta última, que había sido bautizada por San Francisco de Sales, y casi educada por él, tomó el hábito en el cuarto de la

Madre de Chantal, de rodillas delante de la chimenea. La Santa, que estaba enferma, no había podido bajar á la iglesia por haberlo prohibido los médicos, y estaba sentada al lado de la lumbre.

La señorita Claudia María Thiolier, de Chambery, se presentó al mes siguiente, y se la recibió, siendo la octava de la Orden.

La novena fué la señorita de la Roche, hija del Gobernador de Annecy, y aunque entonces, en Agosto de 1610, se principiaba á no dudar de su vocación, fué menester, no obstante, esperar aún un año para la toma de hábito. Era una joven de dieciocho años, bastante mundana aún, pero que lo había sido más anteriormente, «muy hermosa, alta, llena de gracia y de talento, de un carácter muy alegre,» y grande amiga de la señorita Jacobina Favre. Cuando ésta se convirtió en medio de un baile, como hemos dicho, la señorita de la Roche, que no había recibido la misma gracia, empezó á burlarse de su amiga, criticándola porque dejaba el mundo y se entregaba al servicio de Dios. Cuando María Jacobina, retirada en la iglesia, cerraba los ojos y juntaba las manos para rezar con más atención, la señorita de la Roche la remedaba como por juego; pero éste fué el lazo amoroso con que Dios la cogió. A fuerza de ir á la iglesia acompañando á María Jacobina, empezó á gustar de la oración, pero no lo bastante, sin embargo, para pensar en un convento y encerrarse en él. Si iba á menudo á la Visitación, era por la amistad que la unía con la Hermana Favre, por la veneración que la inspiraba la Madre de Chantal, y porque en las fiestas grandes la llamaban para que sostuviese con su hermosa voz el coro, falto aún de bastantes religiosas. Puesta así en relación con los santos Fundadores, San Francisco de Sales y la Madre de Chantal, testigo cotidiano de las maravillas que Dios obraba en estos primeros días de la Visitación, concibió poco á poco la

idea de un mundo mucho más hermoso que el que hasta entonces había conocido; y á los diecinueve años abandonó á su familia, y vino á pedir á los santos Fundadores el humilde velo de las esposas de Jesucristo.

Al llegar á la casa del Santo Obispo el 28 de Junio de 1611, encontró allí á María Amada de Blonay, á quien hemos dado á conocer á nuestros lectores, pintándoles sus amables cualidades y la juventud agradable que iba á ofrecer á Dios. Las dos, hermosas y puras como ángeles, se comprendieron sin hablar, y cayendo una en los brazos de la otra empezaron á darse tiernos abrazos, como prendas de una amistad del todo santa. El bienaventurado, que las vió, llamó callandito al Sr. de Blonay y le dijo: «Mirad, hermano mío, cómo se acarician nuestras dos palomitas; espero que Dios recibirá su ofrenda con mucho agrado, y que las hará muy fructuosas y abundantes en el pequeño palomar donde vamos á encerrarlas» (1).

La señorita de la Roche tenía diecinueve años, y la señorita de Blonay dieciocho; y las dos fueron, en efecto, en el Orden naciente, dos de sus más inocentes palomas é invencibles apoyos.

No obstante, San Francisco de Sales, al dar así el hábito á tantas religiosas, no sabía con certeza lo que iba á hacer con ellas, ni cuál sería su advocación, ni su clase de ejercicios y trabajos. Se ve, al estudiar sus cartas, que preparaba una institución muy diferente de la que por fin verificó. Hacía pocos años que Santa Teresa había elevado su vuelo hasta las altas regiones de la más sublime perfección, arrastrando tras sí á millares de almas. Los desiertos del Carmelo, más admirables tal vez que los de la Tebaida en otro tiempo, se habían poblado de multitud de jóvenes que se acostaban en el suelo, ayunaban una parte del año, bebían agua

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto, cap. V.

solamente, se daban sangrientas disciplinas, y hacían de su cuerpo un altar sobre el cual inmolaban su espíritu. Las Dominicanas, las Clarisas y las Ursulinas, eran del mismo género. Y á la puerta de todos estos conventos se veía llegar una multitud de personas muy piadosas, muy generosas, y capaces, por sus cualidades de corazón, de los más heroicos sacrificios, pero de salud delicada, de constitución débil y enfermiza, que suspirando por la vida religiosa, cuyas austeridades no podían soportar por la debilidad de su salud, tenían que vivir en medio de un mundo que detestaban. De esta suerte, en la organización general de la vida religiosa se observaba evidentemente una falta, que era la de excluir de ella á una porción de almas.

Había también otra, y era que todas estas religiosas, ocultas y separadas del mundo por rejas impenetrables, ocupadas en rezos y oraciones exclusivamente, no podían visitar á los pobres en sus casas, curar á los enfermos, asistir á los moribundos; en una palabra, unir á la fecunda vida de la oración la vida también fecunda y tan necesaria entonces, de la caridad. Estas dos faltas y vacíos eran los que San Francisco de Sales quería remediar y colmar.

«Hermano querido y señor mío—escribía á un sacerdote;—queréis saber lo que hago en este rincón de nuestras montañas, pues decís que desde ahí percibís su olor... Lo creo fácilmente, hermano mío, porque habiendo ofrecido holocaustos sobre el altar de Dios, ¿cómo era posible no exhalasen un perfume de suavidad? Os diré, pues, no lo que yo hice, sino lo que Dios ha hecho el verano pasado.

»Mi hermano, el Barón de Thorens, fué á buscar á Borgoña una mujercita, y trajo con ella una suegra que ni él mereció tener ni yo servir. Ya sabéis cómo Dios me la dió por hija; pues sabed ahora que esta hija vino á pedir á su miserable padre que la hiciese morir al

mundo. Instada de los deseos de servir á Dios, lo ha dejado todo, y con una fortaleza y una prudencia superiores á su sexo, arregló las cosas para proveer á las obligaciones que tenía en el mundo, de un modo que los buenos tendrán mucho que alabar, y los malignos hijos del siglo nada que criticar, al menos con sombra de fundamento.

»La pusimos en su cerrada casita el día de la Santísima Trinidad, con dos compañeras y la criada que visteis, que es tan buena alma en la rusticidad de su nacimiento, que no he visto en su clase otra semejante. Además, van viniendo jóvenes de Chambery, de Grenoble y de Borgoña para unirse á ellas. Creed que es pero que esta Congregación será para las enfermas un dulce y agradable retiro, porque sin muchas austeridades, practican todas las virtudes esenciales de la devoción.

»Dicen el Oficio de Nuestra Señora, y hacen la oración mental. Trabajan, y guardan el silencio, practicando la obediencia, la humildad y la pobreza. En cuanto á su vida en general, puedo deciros que es interior, amorosa, tranquila, y de tanta edificación como puede serlo cualquier monasterio bien arreglado. Después de su profesión irán, Dios mediante, á servir humildemente á los pobres enfermos. Esto es, mi querido hermano, en compendio, lo que se ha hecho aquí» (1).

Escribía también á otra persona: «La clausura será al principio la siguiente: ningún hombre entrará en su casa, sino en las ocasiones en que entran en los monasterios reformados. Las mujeres tampoco entrarán sin licencia del superior, quiero decir del Obispo ó su delegado.

»En cuanto á las Hermanas, no saldrán sino para servir á los enfermos después del año de su noviciado,

(1) Carta del 3 de Abril de 1611.

durante el cual no llevarán diferente vestido que el del mundo, pero será negro y sumamente humilde y modesto.

»Cantarán el Oficio Parvo de Nuestra Señora, para que puedan hacerlo bien y con santa alegría. Por lo demás, se ocuparán en toda clase de buenos ejercicios y muy particularmente en la cordial y santa oración. Espero que Nuestro Señor será glorificado con esta santa empresa, porque la piedra fundamental que para ella nos ha dado, es un alma de grande y de excelente virtud» (1).

Aquí se ve la primera forma, que para colmar este vacío y remediar la falta de que hemos hablado antes había ideado San Francisco de Sales. Deseaba una pequeña congregación de mujeres sujetas por la caridad más que por los votos, con pocas austeridades corporales, pero suplidas por toda clase de santos ejercicios y especialmente por la oración, obediencia, y el sacrificio del corazón y de la propia voluntad: de este modo, podrán ser recibidas en ella todas las almas buenas, sin mirar á su edad, debilidad de salud, y aun enfermedad. Para preservar á su pequeña Congregación de toda disipación, pensaba en una media clausura que impediría á las personas del mundo entrar en el monasterio, pero que dejaría á las Hermanas que saliesen de él para que fuesen, como deseaba, á visitar á los pobres, cuidar á los enfermos, instruir á los ignorantes y ejercitar en el mundo y en medio de él todos los ministerios y ejercicios de caridad.

Este era el plan: pero este último punto no debía ser dado á San Francisco de Sales llevarle á cabo. No era él á quien Dios quería dar la misión de llenar este vacío, transformando á las religiosas en madres de pobres, haciéndolas salir de sus claustros, y exponiéndolas á

(1) Carta del 24 de Mayo de 1610.

los ojos admirados del mundo. La Hermana de la Caridad soñada por el Santo Obispo de Ginebra, era una creación reservada á San Vicente de Paúl; y la misión de San Francisco de Sales, sin ser menos bella, era enteramente otra. Mas entonces no lo sabía: y es uno de los más curiosos espectáculos de esta historia, el ver cómo poco á poco iluminará Dios su espíritu, dirigirá su acción, y le hará modificar todos sus planes. «Yo no sé por qué me llaman fundador de una Orden—dirá un día graciosamente el Santo Obispo de Ginebra,—porque no he hecho lo que quería, y sí todo lo que no quería.»

Mientras tanto, y como sus hijas debían emplearse en obras de caridad, San Francisco de Sales pensaba ponerlas bajo la protección de Santa Marta, que hospedó á nuestro Señor en la tierra, y que es el modelo de todas las almas que le sirven en la persona de los pobres. Habló de ello á su Santa cooperadora, que sintió una secreta repugnancia, porque deseaba que sus hijas se consagrasen entera y únicamente á la Santísima Virgen. Pero lo disimuló, contentándose con rogar á Dios fervorosamente iluminase á su Santo director. Cuál no fué, pues, su alegría, cuando unos días después vino el Santo Obispo á decirle que Dios le había hecho mudar de idea; que su pequeña Congregación se consagraría á la Santísima Virgen, y que sus hijas se llamarían Hijas de la Visitación. Que había escogido este misterio para que éstas, al visitar á los pobres, imitasen el ardor, la generosidad santa, y los altos y sobrenaturales designios de María cuando, sobreponiéndose á su amor, al retiro y á la soledad, fué atravesando las altas montañas de Judea, con el corazón inflamado de caridad, á llevar á su prima Isabel el mayor consuelo que podía darle, revelándole el gran secreto que dentro de poco llenaría al mundo de alegría, y procurando al Bautista, su hijo, la gracia inmensa de la santificación en el vientre mismo de su madre.